



E-PISTOLA-E

Virginia Gil Torrijos

E-PISTOLA-E



Primera edición: marzo de 2026

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Virginia Gil Torrijos

ISBN: 979-13-88195-36-5

ISBN digital: 979-13-88195-37-2

Depósito legal: M-8024-2026

Editorial Adarve

C/ Luis Vives 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A los que arriesgan
y pierden*

1ª PARTE



AL ALBOR

Al albor de la luz
un destello de lo perdurable
abre el mundo a los contrarios.
Como lisonjeros poemas de matices
los pétalos determinan la existencia
de una posibilidad de variación.

¿Cómo cambiará tu circunstancia?
¿Cómo mutará tu zigzag,
tu vía muerta,
tu ausencia de utopía?

Al albor de la luz
un destello de lo perdurable...

LUEGO LOS PLANES

Luego los planes se trastocan
o se demonizan.
Las decisiones azules se consumen.
Y a Vicente Parra le prohibirán resucitar para que no vuelva a escribir,
para que no se mofe sobre enormes vergas,
o sobre Nixon.
—El último apaga la luz —dijo el poeta.
Así que, aquí estoy, con el interruptor en la mano,
con la llave — como hubiera dicho mi abuela si aún viviera —,
esperando ser la que clausure el evento.
Vale. Lo confieso.
Quisiera demorar un poco más eso de la capilla ardiente.
Por eso: ¡Denme juego! ¡Pásenme el balón!
Voy a intentar desplazarlo
por este laberinto,
hasta que consiga chutar —o que me chutes— a la puerta de tus piernas
o de tu sustancia gris.

Soy siniestra cuando me alcoholizo.
Pero más siniestra aún es la utopía
y tener libre una silla para el nunca aparece,
para el que es siempre una sombra,
un arbol invisible de los cardos,
un huerto de Gestsemaní,
una intuición de miserables pasiones,
o la tremenda desilusión de los desiertos.

Aunque a veces hay flores,
y árboles,
y agua,
y sonidos de primorosas flautas
que remueven las cenizas de la Biblioteca de Alejandría.
El negocio es el negocio
y los mismos turoperadores que ahora ofertan cruceros por el Nilo,
venderán pronto *resorts* de lujo sobre los escombros palestinos.

Mas hoy es viernes,
y en un patio de Granada crecen fuertes los almendros
mientras que en otro de Castilla la Vieja, anidan felices las cigüeñas.

Así que vayamos por partes:
Ahora el café primero
y...

luego...
luego los planes.

BOTONES Y TERREMOTOS

PARTE 1: BOTONES

Mis poemas —dicen que— son largos
y también barrocos.
He decidido —por ello— contenerme,
ocultar que en el fondo
me gustaría ser una tienda antigua, un comercio del XIX
dedicado a la botonería,
un establecimiento ornamentado con pan de oro,
con escayolas de arquivoltas,
con sillería de capitoné y donde, diligentemente,
atendiese un mancebo apuesto,
con delantal de cuero,
un lugar, para lucimiento de mangas abullonadas,
una tienda con olor a puntillas,
a telas de Panamá, a hilos de Holanda,
a linos y a lanas, y a macramés, y a organdís;
una local situado —y esta que viene ahora es una rima no buscada—
en una calle añeja del barrio de Chamberí.

Mis poemas son largos.
La mayoría de las veces, replican a campanas tocando a muerto
y a agujas,
y a alfileres puntiagudas,

pero también —muy pocas— a castañuelas y a algarabía;
y a piruetas de brisas,
y risas,
y a sorprendivos desenlaces sobre alegres entuertos.
Pero eso,
eso,
casi siempre, es lo menos,
lo anecdótico,
lo estrambótico,
porque en mi interior se apelmazan demasiados paréntesis oscuros,
muchos trapos mal cosidos con remendones anárquicos,
con remaches raros y extraños.
Aunque, a pesar de todo,
hoy te increpo con un: ¡Oye!, ¡escucha!, ¡mira!,
de verdad te juro:
que esta tristura no será más un escollo,
que yo no soy solo un mísero retal,
y que pudiera remodelarme,
que pudiera silenciar este cisma que me habita
y hablar de una vida menos arcaica,
y menos obtusa,
de una vida más simple, más encarrilada y más mansa,
que podría intentarlo,
intentar eso de no parecer distinta,
intentar coronarme de normal,
y que podría subsanarme y cambiarme,
podría darle la vuelta a esta carga existencial
que podría transmutarme,
podría renovarme, modificarme,
permutarme,
podría ser más convencional,
pese a que hoy me sienta como en la anagnóris de un ojal,
de un ojal que viera deshilacharse —poco a poco—
a supreciado botón de nácar,
pero un ojal que, en realidad,

se supiese afortunado por vivir en un espacio bordado
con hilaturas sevillanas sobre sedas procedentes de una remota Asia,
un ojal, entre brocados plateados que decorarían las túnicas de
un gran visir,
siendo, así, un ojal,
afortunado por vivir
en un lugar aderezado y adornado con texturas extraordinarias,
como las que un día motivaron emprender aventura a Marco Polo;
un microcosmos con misceláneos muestrarios de colores,
con eclosiones de ocre,
con calidoscopios de rojos,
con mares de turquesas, de verdes, de azules y de añiles,
con todo un universo en diminuto de brillantes horizontes zozobrantes,
de preciosas auroras boreales,
y de zocos de legendarias ciudadelas,
entre decoradas telas,
que simularan brechas celestiales para este ojal,
solo para este ojal,
para este ojal que, pese en su clarividencia, intuyese
un próximo desenlace.

(...)

—Replegarse. Replegarse es el quid —me digo.

Porque, el botón —a pesar de los esfuerzos— intuyo caerá.
Y es que quizás todo haya sido —proféticamente— ya escrito y
predicado en los púlpitos de mil noches, y sus correspondientes
mil días; que hubiera sido previamente hecho lacónico proverbio,
y por ello, será rezado y expiado como se expía la vida en las horas
lluviosas de un otoño veneciano.

(...)

Amaina el temporal que ha azotado el norte.

En el telediario han dicho que 2 personas fueron arrastradas
por olas embravecidas, olas de esas, de esas de la de más de 6

metros. Y es que este pasado fin de semana han soplado vientos huracanados, mientras yo intentaba escribir en un café, tras una cristalera

y a resguardo.

(...)

Y por otro lado...

yo no sé bien qué tipo de escrito es este,
esta batucada que se me forma en la mente,
este redoble de piezas de puzle totalmente troceado en imágenes inconexas.

Yo ya no sé si esto es un poema o
solo es la evocación de un eco sin sentido.

Todas estas teselas están siendo difíciles de visualizar como una unidad.
Aunque en el fondo albergo la remota idea de ver, más adelante,
el resultado de un *patchwork*

como un marco que contenga la noción de la esencia,
pero —de súbito— de nuevo, todo se resquebraja y surge una voz
—creo mi voz—

que a modo de veredicto
empieza a vociferar y a gritar con estridencia que
está cansada, muy cansada,
demasiado cansada de hilar y deshilar estos retazos
sin ningún tipo de éxito,
cansada de pelear,
cansada de caminar en la niebla,
y también cansada de mantener elevada esta oración.
Porque, amigo mío, es tal el desgaste, este de tener
—sin poder evitarlo—
naturaleza de sombrero con pajarera,
de montera,
de chorrera,
o de jaula de grillos...

¡Es esto ya tan agotador...!
que definitivamente debería claudicar e intentar remodelarme,

intentar cambiarme, rediseñarme, movilizarme
a algo inverso,
inverso a lo que ahora es adverso,
mutarme a algo un poco más plano,
a algo más llano,
a algo más simple y mucho menos cargado
(y más sencillo en lo sintáctico).
Debería convertirme en un asunto menos dramático,
y sobre todo menos bravo.
Debería ser ya un algo menos intenso y menos poético,
un algo menos lacónico, y menos irónico,
un algo menos...
Debería claudicar, avanzar hacia la remota posibilidad de un «será»,
de un «será»,
de un «será» edulcorado,
de un «será» lucido —como seguro querrás—
de carnalidad.
Aunque creo eso me va a ser bien difícil de aposentar.
A eso no sé si podré ya llegar.
Mis algos se vuelven viejos
aunque me reitere en el juramento,
y te indique que, a pesar de la estridencia,
no soy un desvarío,
que piso el mundo.
Y que sé bien de lo que van las tendencias.
Sé de lo que todo ahora va.
No soy ciega.
Toco tierra.
Lo que triunfa es ser liviano,
pagano, hueco, opaco.
Va de eso,
va de ser un tirano,
un maleducado,
un agilipollado,

y va de ser en *number one* en este maldito modelo de cosificar.
Va de replicar un modelo en las fenicias cabezas.
Va de vender al hermano
y de tener siempre un cuerpo serrano,
un cuerpo curvado, bien tetado,
objeto de toca rápido y ten a mano.
(Pon el ano).
De eso va.
La moda es todo ese horror,
esta narcolepsia para evitar lo incómodo que lleva consigo lo humano.
Va de matar lo errado,
de abandonar lo usado.
Va de malcriar.
y de esquivar las aristas,
de obviar las fracturas,
disimular los recodos
y poner la careta.
Va de no tener honor.
De eso y de encajar, bien encajada, la podrida voluptuosidad.

Se ha extendido la postcerteza de que lo demás es insano,
que es anacrónico,
que es, categóricamente, marciano.
Y que esa será la única certera herencia,
lo de lucir bien la chuleta,
compactar la caradura,
practicar la usura
tener la piel tersa
y la red social repleta.
Eso, y ser un jeta.

Ahora ese es el culto,
esa es la religión,
la religión del ego

la religión de arrodillarse al poder.
Ese es el único don.
Ahí está la bendición, el hito eclesiástico.
Y todo girará sobre algo que ya no será sobrehumano,
sino infrahumano.
¡Salve así la supina intrascendencia!
Esa es la tendencia
y la berrea.

Aunque a mí todo ese cacareo,
todo ese obsceno escaparate,
toda esa carroña sin límites,
esa opacidad a las disidencias,
esa nueva biblia, ese nuevo manual,
solo me produce ganas de expectorar,
de expectorar versos.
Por eso hago esto,
esto, de hacer enlaces que algunos calificarían como semi perversos,
esto, de indiciar una psicopatía con una cadena de renglones inconexos.
Pero esa es mi disidencia.
Esa es mi rebeldía.
Esa es mi poesía.
La de decir que, a veces,
siento miedo;
y también que me deshago en rastros
para ayudarme a supurar.
Porque, ahora mismo, eso es lo único que puedo hacer,
eso y agarrarme a un ojal,
agarrarme para evitar que todo me arrastre,
y que un fétido negror me hunda con su lastre,
que me fagocite con sus plomos,
y que el cieno me devore.
Por eso: esto.
Por eso, estos modos, estos comos,

Por eso, todo esto,
toda esta gama
toda esta perorata.
Todo esto para evitar ir al traste,
ir al garete, al retrete;
para evitar que todo desemboque en ese basurero,
en ese agujero,
en ese caladero de plásticos,
en ese cementerio,
en ese mundo arrasado por la mercadotecnia ciega.
Todo esto para evitar ir hacia allá,
hacia un lamentable colaboracionismo.
Porque si yo también me dejo avasallar,
si yo no lo impido un poco,
si no hago placaje,
hacia allí fácilmente, también mi alma, se irá.
Sí, se irá mi alma.
Y se irán mis sueños.
Si nadie lo remedia, si ni tú lo remedias,
si —ni siquiera— la poesía no lo remedia,
todo hacia allí se irá.
Así que, por ello, este poema sea una extravagancia,
una anacrónica psicopatía,
sea como la veneración de una reliquia,
la glorificación de un sudario,
o lo que es peor, de una utopía.

Cuando todo va de no mirar.
cuando va de no pensar,
cuando va de difuminar las marcas de la historia,
cuando va de reírse de las profecías
y también va de vaciar la vida;
Yo, como en otra dimensión, dicen me refugio en tonterías;
dicen que soy una tarada,

una rata de cloaca, un esperpento,
porque escribo esto, porque escribo versos,
En cualquier caso, bien lo dijo hace tiempo Whitman cuando
estableció que

las leyes elementales no piden perdón.
Así que yo ya no analizo, ni siquiera, la provocación.
Pero sé bien que no encajo,
que parezco un puro descalabro,
otro más a suicidar.

Y sí, supongo que, seguramente, todo sea inútil.
Incluso esto.

Quizás en mí ya han anidado las demagogias
de lo que siempre, perpetuamente,
se ha considerado una loca.

Pero hoy, con suma clarividencia,
maldigo, digo y escribo.

Y alzo la voz,
asegurando que al llegar a esta mediana edad,
a las mujeres siempre se nos ha considerado unas histéricas
o unas herejes.

Nunca unas sabias.

Supongo que eso no es en sí ninguna novedad,
que siempre seremos seres a despreciar.

Nosotras y nuestros retorcimientos —como dije— de arquivoltas
nos considerarán siempre carroña
y a golpes se nos va a marcar.

El mundo, tarde o temprano, justificará las tropelías,
de los mechones insumisos que
asomen por fuera del *yihad*.

Nos buscarán tumbar.

Nos llamarán necedad.

Pero, en el fondo nos temerán.

Esa es la única gran verdad universal,

que nuestra intrepidez siempre va a ser difuminada como la niebla.
Y que quedaremos solas.
Siempre solas.
Muy solas.
Solas ante el mal
o ante la levedad de la verdad.

(...)
Y yo, que hubiera limpiado cientos de veces tus ojos,
yo, que aún me he reafirmado en ti, a pesar de todo lo ingrato,
—y a pesar de la crueldad—,
yo, que me he empecinado en la ternura,
yo, que te arropado en mis sueños,
yo, quizás, que aún te deseo y te mezo,
yo, que aún hoy te digo y te repito,
te digo que, en mí,
todavía...
permanecerás.

(y que la ferocidad y la angustia que traen los terremotos
con sus fantasmagóricas y corrosivas sacudidas,
con sus esquivas de fragmentación y crispación,
algún día también
—tengo fe—,
también eso,
se disipará).